

ÉMILE ZOLA

THÉRÈSE RAQUIN

Prólogo de Ángeles Caso

Traducción y notas de
Mauro Armiño

Tiempo de Clásicos Ediciones Siruela

Al final de la calle Guénégaud, viniendo de los muelles, uno encuentra el pasaje del Pont-Neuf, una especie de estrecho y sombrío corredor que va de la calle Mazarine a la calle de Seine. Tiene este pasaje, a lo sumo, treinta pasos de largo y dos de ancho; está pavimentado con baldosas amarillentas, gastadas, sueltas, que siempre rezuman una humedad acre; la cristalera que lo cubre, cortada en ángulo recto, está negra de mugre.

En los buenos días de verano, cuando un pesado sol abrasa las calles, de los cristales sucios cae una claridad blancuzca que se arrastra miserablemente por el pasaje. En los malos días de invierno, en las mañanas de niebla, los cristales sólo proyectan oscuridad sobre las viscosas baldosas, una oscuridad sucia e innoble.

A la izquierda se abren unas tiendas oscuras, bajas, aplastadas, que dejan escapar fríos relentes de tumba. Hay allí libreros de lance, vendedores de juguetes para niños, cartoneros cuyas estanterías grises de polvo dormitan vagamente en la sombra; las vitrinas, hechas de pequeños cristales, tornasolan extrañamente las mercancías con reflejos verdosos; más allá, detrás de los escaparates, las tiendas llenas de tinieblas son otros tantos agujeros lúgubres en los que se agitan unas formas extrañas.

A la derecha, a lo largo de todo el pasaje, se extiende una pared contra la que los comerciantes de enfrente han pegado unos tenderetes estrechos; objetos sin nombre, mercancías allí olvidadas hace veinte años se despliegan a lo largo de delgadas tablas pintadas de un horrible color pardo. Una vendedora de bisutería se ha establecido en uno de los tenderetes; allí vende alhajas de quince céntimos, delicadamente colocadas sobre un lecho de terciopelo azul, en el fondo de una caja de caoba.

Por encima de la cristalera, la pared sube, negra, toscamente revocada, como cubierta de lepra y llena de costurones.

No es un sitio de paseo el pasaje del Pont-Neuf. Se suele tomar para evitar dar una vuelta, para ganar unos minutos. Lo recorre un público de gente atareada cuya única preocupación es avanzar deprisa por el camino más corto. Allí se ven aprendices con su delantal de trabajo, operarios que van a entregar lo que han hecho, hombres y mujeres con paquetes bajo el brazo; también se ven allí viejos arrastrándose en el crepúsculo sombrío que cae de la cristalera, y pandillas de niños que van allí, al salir de la escuela, para hacer ruido corriendo, golpeando con sus zuecos las baldosas. Todo el día hay un ruido seco y precipitado de pasos que resuenan sobre la piedra con una regularidad irritante; nadie habla, nadie se para; cada cual corre a sus ocupaciones con la cabeza gacha, caminando deprisa, sin echar siquiera una ojeada a las tiendas. Los tenderos miran con aire inquieto a los transeúntes que, de milagro, se detienen ante sus escaparates.

Por la noche, tres mecheros de gas, encerrados en macizos faroles cuadrados, alumbran el pasaje. Estos mecheros de gas, colgados de la cristalera sobre la que arrojan unas manchas de claridad leonada, dejan caer en derredor círculos de pálida claridad que vacilan y parecen desaparecer por momentos. El pasaje adquiere el siniestro aspecto de un auténtico sitio peligroso; grandes sombras se alargan sobre las baldosas, y de la calle vienen húmedos relentes; se diría una galería subterránea vagamente iluminada por

tres lámparas funerales. Los comerciantes se contentan, por toda iluminación, con los pálidos rayos que envían sobre sus vitrinas los mecheros de gas; en su tienda sólo encienden una lámpara provista de pantalla, que colocan en un rincón del mostrador, y así los transeúntes pueden distinguir lo que hay al fondo de estos agujeros donde la noche vive durante el día. En la hilera negruzca de los escaparates llamean los cristales de un cartonero: dos lámparas de esquisito agujerean la sombra con dos llamas amarillas. Y en el otro lado, una vela, plantada en medio de un cristal de quinqué, pone estrellas de luz en la caja de bisutería. La vendedora dormita en el fondo de su tenderete con las manos escondidas bajo el chal.

Hace algunos años, enfrente de esa vendedora, había una tienda cuyo revestimiento de madera de un color verde botella rezumaba humedad por todas sus hendiduras. La muestra, hecha con una tabla estrecha y larga, llenaba, en letras negras, la palabra *Mercería*, y en uno de los cristales de la puerta había escrito un nombre de mujer: *Thérèse Raquin*, en caracteres rojos. A derecha e izquierda se hundían profundas vitrinas, forradas con papel azul.

Durante el día, la vista sólo podía distinguir el escaparate, en un suave claroscuro.

A un lado había algo de lencería: gorros de tul encañonados a dos y tres francos la pieza, manguitos y cuellos de muselina; y prendas de punto, medias, calcetines, tirantes. Cada objeto, amarillecido y ajado, colgaba de forma lamentable de un gancho de alambre. La vitrina se llenaba así, de arriba abajo, de andrajos blancuzcos que adquirirían un aspecto lúgubre en la oscuridad transparente. Los gorros nuevos, de un blanco más brillante, formaban manchas crudas en el papel azul que cubría las tablas; y, colgados a lo largo de una varilla, los calcetines de color ponían notas sombrías en la palidez difuminada de la muselina.

Al otro lado, en una vitrina más estrecha, se escalonaban gruesos ovillos de lana verde, botones negros cosidos sobre cartones blancos, cajas de todos los colores y de todas

las dimensiones, redecillas de cuentas de acero expuestas sobre redondeles de papel azulado, manojos de agujas de punto, modelos de tapicería, carretes de cinta, una acumulación de objetos mates y marchitos que, sin duda, dormían en aquel lugar desde hacía cinco o seis años. Todos los colores habían ido volviéndose de un gris sucio en aquel escarpate que el polvo y la humedad pudrían.

En verano, hacia el mediodía, cuando el sol abrasaba las plazas y las calles con sus rayos leonados, tras los gorros de la otra vitrina se distinguía un perfil pálido y serio de mujer joven. Ese perfil surgía vagamente de las tinieblas que reinaban en la tienda. A la frente baja y seca se unía una nariz larga, estrecha, afilada; los labios eran dos delgados trazos de un rosa pálido, y la barbilla, corta y nerviosa, se unía al cuello mediante una línea suelta y gruesa. No se veía el cuerpo, perdido en la sombra; sólo aparecía el perfil, de una blancura mate, horadado por un ojo negro ampliamente abierto que parecía aplastado bajo una espesa cabellera oscura. Ese perfil permanecía allí horas y horas, inmóvil y tranquilo, entre dos gorros en los que las húmedas varillas habían dejado franjas de orín.

Por la noche, cuando la lámpara estaba encendida, se veía el interior de la tienda. Era más ancha que profunda; en uno de los extremos había un pequeño mostrador; en el otro, una escalera de caracol llevaba a dos habitaciones del primer piso. Contra las paredes había vitrinas, armarios, hileras de cajas de cartón verdes; cuatro sillas y una mesa completaban el mobiliario. La estancia parecía desnuda, glacial; las mercancías, empaquetadas y amontonadas en los rincones, andaban por todas partes con su alegre barullo de colores.

Por lo general, había dos mujeres sentadas detrás del mostrador: la joven de perfil serio y una anciana que sonreía mientras dormitaba. Esta última tenía unos sesenta años; su cara rellena y plácida se volvía blanca bajo las claridades de la lámpara. Un enorme gato atigrado, acurrucado en una esquina del mostrador, la miraba dormir.

Más abajo, sentado en una silla, un hombre de unos treinta años leía o hablaba a media voz con la joven. Era de escasa estatura, enclenque, de aspecto lánguido; con su pelo de un rubio descolorido, la barba rala y el rostro cubierto de pecas, parecía un niño enfermo y mimado.

Poco antes de las diez, la anciana se despertaba. Cerraban la tienda y toda la familia subía a acostarse. El gato atigrado seguía a sus amos ronroneando y frotándose la cabeza contra cada uno de los barrotes de la barandilla.

Arriba, el piso lo formaban tres habitaciones. La escalera daba a un comedor que servía al mismo tiempo de salón. A la izquierda, en un hueco, había una estufa de máyolica; enfrente se alzaba un aparador; luego, pegadas a las paredes, varias sillas; y una mesa redonda, totalmente extendida, ocupaba el centro de la estancia. En el fondo, detrás de un tabique acristalado, había una cocina oscura. Y a cada lado del comedor, un dormitorio.

La anciana, después de haber besado a su hijo y a su nuera, se retiraba a su cuarto. El gato se dormía en una silla de la cocina. Los esposos entraban en su habitación. Esta habitación tenía una segunda puerta: daba a una escalera que iba a desembocar en el pasaje por un pasillo oscuro y estrecho.

El marido, que siempre tiritaba de fiebre, se metía en la cama; mientras tanto, la joven abría la ventana para echar los postigos. Permanecía allí unos minutos, ante el gran muro negro, toscamente revocado, que sube y se extiende por encima de la galería. Por ese muro paseaba una mirada perdida, y, sin decir nada, también iba a acostarse con una desdeñosa indiferencia.